

## **El Colegio Médico del Perú, la ética y el legado de Carrión**

Alfonso Mendoza F.

En agosto del 2003<sup>(1)</sup>, en ocasión del homenaje que el Colegio Médico del Perú rindiera al Sacerdote dominico Gustavo Gutiérrez, galardonado ese mismo año con el Premio Príncipe de Asturias, y al Dr. Diego Gracia, tal vez el eticista más importante del mundo hispanoparlante, tuve el honor de dirigir unas palabras de presentación las cuales no solo no han perdido vigencia sino que parecen cobrar hoy mayor significación y relevancia. En aquel entonces decía que la segunda mitad del siglo XX había sido tal vez la etapa más difícil que haya vivido el Perú republicano, excepción hecha de la Guerra con Chile, y que durante esos años la crisis del sistema político que no pudo, o no quiso, integrar al país; y la crisis de la economía, que había mantenido en la pobreza y la marginación social a millones de personas, generaron acaso el fenómeno social más importante de las últimas décadas, el fenómeno migratorio, que transformó radicalmente el rostro del Perú y, al mismo tiempo, el fenómeno de la violencia política armada, que desgarró dolorosamente el tejido social y dejó una secuela de sufrimiento y pobreza cuyo proceso de reparación y superación apenas había comenzado, en lo que sería una larga fase de transición democrática.

Es verdad que, como escribía Borges, todos los hombres descubren que viven en épocas de crisis. En efecto, la época que nos ha tocado vivir así nos lo confirma. La historia reciente de nuestra nación ha estado signada no por una sino por muchas crisis y, si bien puede ser considerada como una de sus múltiples causas, una de las secuelas de la violencia armada que el país padeció, es el debilitamiento de las instituciones. Ellas son las instancias que norman las relaciones entre las personas, y por lo tanto deben estar en correspondencia con los valores que impulsa una cultura determinada, entendida como el conjunto de prácticas y comportamientos sociales que una sociedad crea para satisfacer las necesidades humanas de quienes la conforman. Pues bien, una de las consecuencias de este debilitamiento institucional, de esta suerte de “banalización del mal” que se enseñoreó en

nuestra sociedad durante la década de 1990, es la emergencia y el agravamiento de otras modalidades de violencia, una de cuyas formas es la intolerancia que convierte las discrepancias políticas en una suerte de guerra permanente, y la constatación de que la corrupción, que alcanzó uno de sus puntos más altos bajo el régimen de Fujimori – Montesinos, y que pensábamos no se repetiría más, sigue erosionando las bases de la moral republicana y de nuestra economía, trabando así las posibilidades de desarrollo del país. Para el historiador Quiroz, A.<sup>(2)</sup>, los ciclos de corrupción que ha experimentado el Perú desde 1820 hasta el año 2000, habrían significado la pérdida del 40 al 50% de sus posibilidades de desarrollo, y estamos hablando de montos equivalentes a un estimado promedio del 3 al 4% del PBI, y entre un 30 al 40% de los gastos del presupuesto.

Pero, la violencia, como la corrupción – esa otra vertiente de la transgresión normativa -, se da no solo en nuestra sociedad. Hoy muchos países, desgraciadamente, se debaten entre la corrupción y la violencia, sumidos en una suerte de anomia en la que la desvalorización de lo humano y la exaltación del éxito a cualquier costo, expresión de un individualismo radical, amenazan permanentemente la cohesión de la sociedad y las posibilidades de realización individual y colectiva. En ese contexto, debilitados los grandes relatos filosóficos que le daban significación y sentido a la existencia humana, las personas parecen inmersas en el desconcierto, que atraviesa todas las capas sociales y todas las instituciones.

Frente a esa dura realidad, y como expresión del compromiso social inherente a la profesión médica, el Colegio Médico del Perú, fiel a una antigua y honrosa tradición, no puede dejar de hacer llegar sus planteamientos en la tarea de construir un orden social auténticamente democrático. Y debe hacerlo, como parte de la sociedad civil, junto a otros Colegios Profesionales y a todas aquellas entidades médicas que comparten la misión de cuidar la vida y la salud de la población, sea en el plano formativo sea en el plano asistencial. Un estado moderno es aquel que reconoce el papel protagónico que le corresponde a los distintos actores sociales que lo componen en el proceso de toma de decisiones que tienen

que ver con el proyecto de nación que ellos desean. Si no fuera así se pervertiría la esencia misma de la democracia, y ya hemos experimentado las consecuencias negativas de ceder a la tentación autoritaria, por lo que deviene un imperativo moral no olvidar las lecciones de nuestra historia.

Aquí precisa subrayar que nuestras organizaciones médicas han tenido, desde sus inicios, una postura de cuestionamiento crítico y de propuesta. Ellas no se han limitado a la protesta. Quizás una de las tareas por hacer es elaborar una historia de las ideas que han presidido los pronunciamientos y las acciones de dichas instituciones en el cumplimiento de sus fines. La preocupación por la construcción de un sistema de salud justo y solidario, que atienda las necesidades de salud de la población de manera integral y oportuna, sin discriminación alguna y en el marco del reconocimiento de la dignidad y los derechos fundamentales de la persona humana, es expresión cabal de ello. Tal sistema no debería centrarse solo en la atención pronta, segura y de calidad, sino también incidir en los determinantes de la salud, inscribiéndose en la línea de una medicina de inspiración social y comunitaria, que privilegie la atención primaria y el cuidado de la familia. Además, en el seno de la Orden, al igual de lo que acontece en varios países del mundo occidental, se ha relanzado desde hace algunos años, iniciativa que no debe perder vigor, una profunda reflexión en torno al nuevo profesionalismo, que apunta a reexaminar los valores en los que se sustenta el ejercicio de la medicina: humanismo, excelencia, responsabilidad y altruismo, lo que, en el fondo implica restituir el carácter interpersonal de la relación médico paciente y, a la vez, resaltar el papel de la salud como valor esencial para la realización plena de las personas y el logro del bienestar, el orden y la paz social .

Volviendo a nuestro sistema de salud, somos conscientes que, sin dejar de reconocer algunos éxitos, la atención de salud que se brinda a la población está aún muy lejos de alcanzar un nivel del cual podamos sentirnos satisfechos. Además, las condiciones en las que los médicos y otros trabajadores de la salud desempeñan sus funciones distan mucho de ser las adecuadas. Ello, sumado a la creciente complejización de los procedimientos

diagnósticos y terapéuticos, y los riesgos que los mismos conllevan, así como el incremento de las expectativas de curación, acaso desmesuradas, por parte de los pacientes, determinan que los reflectores de la opinión pública estén más centrados que nunca en el comportamiento ético y en la competencia técnico – científica de los médicos, y en una mayor exigencia – ciertamente legítima – para que ellos rindan cuenta de la naturaleza, objetivos y consecuencias de sus actos. Ello explica el incremento de quejas y acusaciones – muchas veces infundadas – contra los médicos, por actos que los pacientes consideran negligentes. Pero ello también nos alerta acerca de la necesidad de actuar siempre con la mayor diligencia y de corregir hasta donde ello sea sensatamente posible, los defectos del sistema – en lo que a los médicos les compete directamente – vía la actualización de las competencias y procedimientos, a la par que se demandan las sustantivas reformas que nuestro sistema de salud requiere.

La población tiene hoy una mayor conciencia de sus derechos. Enhorabuena. Y es conveniente resaltar que el derecho a la salud y el reconocimiento de la dignidad de la persona humana han sido y son banderas de lucha del Colegio Médico, y así están plasmadas en nuestro Código de Ética y Deontología, junto a los principios de la bioética. En él se insiste en la naturaleza interpersonal de la relación clínica; en la aceptación responsable de que – por mandato de nuestra vocación y de la sociedad – cuidamos de un bien valioso como es la persona humana; y se subraya que los recursos técnicos y los dispositivos administrativos no son sino medios puestos al servicio de un ser humano que, por el mero hecho de serlo, merece un respeto incondicionado, y por cuya vida y salud nos hemos comprometido a velar. Y pensamos que estos mandatos que, como miembros de la Orden, nos hemos autoimpuesto, deben ser difundidos cada vez con mayor convicción en las escuelas médicas, preparando así a los futuros médicos para mejor encarar los formidables retos que un responsable ejercicio de la profesión nos demanda.

Pero, hoy recordamos el sacrificio de Daniel A. Carrión, de modo que es justo evoquemos y valoremos el sentido de su acto. A ello nos

dedicaremos en esta segunda parte de mi disertación, que intenta ser una aproximación a la dimensión ética de su decisión y a su actitud ante la muerte.

## **LA ACTITUD DE CARRIÓN ANTE LA MUERTE. UNA APROXIMACIÓN DESDE LA ÉTICA.**

### **A MODO DE INTRODUCCIÓN**

Carrión es el héroe máximo de la medicina peruana. Siendo todavía un joven estudiante de medicina, se inocula el germen de la verruga peruana y fallece un 5 de Octubre de 1885, demostrando con su acción el origen único de las dos fases de la fiebre de la Oroya, la fase febril y anemizante, y la fase verrucosa o eruptiva; y, al mismo tiempo, legándonos-con su gesto- una lección del más elevado tono moral, al extremo de ofrendar su vida llevado por su amor a la ciencia y por su voluntad de ayuda al ser doliente y menesteroso.

Mucho se ha escrito sobre Carrión. Cada uno de los momentos que lo condujeron a su muerte ha sido examinado a la luz de los datos aportados por quienes lo cuidaron en el curso que siguió en él la enfermedad. De ello no me ocuparé. Tampoco de los rasgos de su personalidad ni de la evaluación de la discusión ética que su martirologio suscitó. He optado, en un audaz intento que, en verdad tiene tan solo el carácter de un provisional bosquejo, he optado, repito, abocarme a una tarea imposible: penetrar en la entraña misma de la decisión ética, es decir, tratar de explicar, desde dentro, aquello que impulsó a Carrión a planear la autoexperimentación que lo llevara finalmente a la muerte. Soy consciente de los riesgos de este intento. Solo me sostiene la afirmación de Alarco, L. F.<sup>(3)</sup>, en su obra “Jesús ante la muerte” de que “el error, si roza lo profundo, puede contener mayor dosis de verdad que verificaciones exactas mantenidas en la superficie de lo sustantivo”.

### **UNAS PALABRAS ACERCA DE LA ÉTICA**

La ética tiene como propósito examinar los criterios que le dan fundamento racional a los actos humanos. Ella se ocupa de la moralidad de

dichos actos, es decir, de la voluntad de bondad que le otorga significación y sentido a la praxis humana. Esta búsqueda de sentido es consustancial a la condición humana. Ella se funda en la capacidad reflexiva del hombre y en su condición de ser libre, esto es, en esa facultad de poder elegir entre varias opciones, desde sí, por sí, para sí y para los otros. Y aun cuando la pluralidad del mundo moderno, que reconoce diversos modos de vivir lo humano, parece tornar esta pretensión imposible, la ética debe pretender ser universal. Si así no fuera, ella carecería de sentido. Desde esta perspectiva, los derechos humanos, tanto los derechos civiles y políticos, como los económicos, sociales y culturales, y los de tercera generación, vale decir aquellos referidos al desarrollo, a la paz y a la preservación del medio ambiente que, vistos en conjunto, se asientan en los tres pilares fundamentales de la ética, la vida, la libertad y la justicia, constituyen una prueba de que esa universalizabilidad es, a pesar de su complejidad, siempre deseable y siempre posible.

Pero, por otra parte, se acepta que el proceso por el cual un ser humano se decide por algo, y el razonamiento moral que lo precede, requieren una capacidad empática, una penetración psicológica, que solo seres de la talla de Dostoievski en “Crimen y Castigo”, o de Víctor Hugo en “Los Miserables”, pueden-y no sin esfuerzo- dar cuenta de ello. A nosotros, humildes mortales, solo nos queda intentar-como dice Savater, F.<sup>(4)</sup>- narrar las dudas, los temores, las contradicciones, los riesgos de la valoración de las diversas opciones y los motivos que subyacen a la alternativa elegida. Es que, y bien lo sabemos al ejercer la medicina, allí donde se busca el más imprescindible y global sentido no hay certeza. Por ello es la medicina una profesión de riesgo, e inexorablemente navegamos entre escollos, a veces insalvables, como el osado Ulises entre Escila y Caribdis.

## **ALGUNAS PINCELADAS HISTÓRICAS**

Consumada la independencia y triunfante la opción republicana, el Perú entró en una etapa de gran inestabilidad política por la incesante lucha de los caudillos militares por hacerse del poder, todo ello en un escenario

extremadamente complicado por la no resuelta “cuestión española” y por los enormes déficits fiscales, que apenas se cubrían con empréstitos a intereses elevadísimos que fueron engrosando la deuda interna. Y cuando parecía que, con el primer gobierno de Castilla, hacia 1845, el país entraba por fin a una etapa de cierta estabilidad política y económica, sobrevino la fiebre del guano, riqueza fabulosa, prácticamente “caída del cielo”, al decir de los historiadores Contreras, C. y Cueto, M.<sup>(5)</sup>, riqueza que en lugar de sentar las bases de un verdadero desarrollo, sumió al país en una engañosa bonanza económica a la que Basadre denominó la etapa de “la prosperidad falaz”.

En su Historia de la Corrupción en el Perú, ya citada, Quiroz, A.<sup>(6)</sup>, relata cómo en los años de la consolidación de la deuda interna, de los contratos para la explotación del guano y de los grandes empréstitos con la garantía de las ventas del fertilizante, el Perú vivió décadas, entre 1850 y poco más de 1870, en los que la corrupción alcanzó sus más altos niveles, particularmente durante los gobiernos de Echenique (1851 – 1854) y del presidente Balta y su ministro de Hacienda, Piérola (1868 – 1872), que contribuyeron a crear las desastrosas condiciones económicas con las que el Perú tuvo que enfrentar, pocos años después, la Guerra del Guano y del Salitre con el país del sur. Es que nuestros gobernantes actuaban como si los bienes públicos fuesen su heredad personal, y disponían de ellos a la manera de los virreyes del antiguo régimen. Era el Estado patrimonial, en el cual prevalecían redes de patronazgo que favorecían a los amigos de los gobernantes de turno, quienes así pagaban el apoyo económico que habían recibido de ellos en su camino hacia el poder.

Por la misma época en la que se otorgó el monopolio de la venta del guano a la Casa Dreyfus, en 1869, se firmaron también los primeros contratos ferrocarrileros con el empresario norteamericano Henry Meiggs. Se había desatado ya en el país un inusitado interés por la construcción de fastuosas obras públicas, la mayoría de ellas sin estudios técnicos de factibilidad y rentabilidad. Es más, como bien subrayan Contreras y Cueto, muchas de esas obras no solo no se terminaron sino que ni siquiera se comenzaron. Y a modo de ilustración citan al viajero francés Charles Wiener, quien quedó

impresionado cuando luego de recorrer decenas de vías con puentes y túneles que constituían auténticas proezas de la ingeniería, la línea férrea terminaba en un villorrio alejado de todo centro civilizado (La Oroya), lo que le hizo exclamar que “el silbido de la locomotora no es el grito de triunfo de la civilización que llega... sino el gemido de una civilización que se siente extraviada”<sup>(7)</sup>.

Quiroz, A.<sup>(8)</sup>, por su parte, anota que Meiggs contó a un representante extranjero su “secreto” al tratar con los distintos gobernantes. Primero, dejaba que las más altas autoridades se vendieran y fijaran su precio. Luego, una vez obtenido el contrato – vía licitaciones arregladas – simplemente añadía el monto de los sobornos al costo total de la obra. Se calcula que Meiggs repartió “más de once millones de soles de la época, lo que representaba del 8 al 10% del costo total de las obras, en sobornos, cuyo registro llevaba cuidadosamente en sus legendarios cuadernos verdes o rojos”.

Según el economista norteamericano Shane Hunt, citado por Contreras y Cueto<sup>(9)</sup>, durante la era del guano el Perú exportó más de diez millones de toneladas del fertilizante, quedando para el Estado el 60% del producto de las ventas, nada menos que ochenta millones de libras esterlinas, suma equivalente a 80 veces el presupuesto de la nación en 1850, y con un valor superior a todo el oro y la plata extraídos en las minas del Perú durante el Virreynato.

Ad portas de la Guerra del Pacífico, el Perú era visto “como un nido de políticos y negociantes corruptos, hecho que desalentaba las inversiones tanto nacionales como extranjeras”<sup>(10)</sup>. Además, la suspensión del pago de la deuda externa hacia 1876, la muy pobre reputación crediticia y el subsecuente aislamiento internacional nos colocaban en una desventajosa posición frente al inminente conflicto armado con el país sureño.



## LA POSGUERRA

Consumada la derrota en la Guerra del Pacífico, el Perú quedó devastado política, económica y moralmente. Todos parecían coincidir en la necesidad de una profunda reforma y en la reconstrucción del país. Pero, también se buscaba una explicación a la debacle y sus consecuencias. Para unos, la guerra provocó la descomposición de la sociedad peruana. Para otros, por el contrario, ella suscitó, sobre todo en la población indígena, que desde los albores de la República seguía socialmente marginada, una toma de conciencia de la identidad nacional y un compromiso con la defensa del suelo patrio y la resistencia contra el invasor, cuya expresión sería el apoyo del campesinado que recibió Cáceres en el curso de la Campaña de la Breña.

Para algunos, como Deustua, Alejandro, el gran problema del Perú era su población indígena, a la que veía como un peso muerto que dificultaba el desarrollo. Para otros, como Manuel González Prada, el más implacable crítico de la corrupción y la falta de visión de nuestros gobernantes, era más bien la exclusión social de la población indígena la causa de nuestros males. Y en sus “Páginas Libres”, el terrible panfletario señalaba que “trescientos años ha que el indio rastrea en las capas inferiores de la civilización... Enseñadle siquiera a leer y escribir y veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no a la dignidad del hombre”<sup>(11)</sup>. Pero, González Prada iba más allá. Para él los políticos “habían vendido su conciencia y su pluma al más alto postor y no habían implementado los cambios necesarios para hacer realidad la promesa de la vida republicana”. Agregaba que los contratos Dreyfus, Meiggs y Grace “fueron grandes ferias en las que desde la prensa y los funcionarios de todos los niveles... hasta los presidentes se pusieron a la venta” y que todas las clases sociales habían buscado enriquecerse rápidamente a costa del Estado sin reparar en la licitud o ilicitud de los medios empleados<sup>(12)</sup>.

El 20 de octubre de 1883 se firma el Tratado de Ancón con el que se ponía fin al conflicto. El Perú perdía Tarapacá, quedando Tacna y Arica bajo ocupación chilena hasta la realización de un plebiscito que decidiera su

destino. Tal era el clima de la posguerra, contexto social que nos permite comprender mejor el acto de Carrión.

## **HEROICIDAD DEL GESTO DE CARRIÓN**

Hemos calificado de heroica la conducta de Carrión. Evidentemente, como Grau, Bolognesi y tantos otros, Carrión muestra un comportamiento épico. Su vida así lo revela. Es más, paradójicamente, podríamos decir que su vida empieza con su muerte, pues es ésta el punto más elevado de su periplo vital, el instante de más refulgente luz. ¿No es acaso verdad que es precisamente el momento mismo en el que su ser se hunde en la eterna sombra, el momento que marca su tránsito hacia la inmortalidad? ¿Y qué es la vida heroica? Un ideal de conducta libre en el que la virtud deviene ejemplo de singular fortaleza y excelencia<sup>(13)</sup>. En efecto, Carrión hizo lo que hizo no llevado por un impulso ciego, irreflexivo, sino motivado por una convicción meditada, prevista en sus consecuencias y asumida en la plenitud de sus posibilidades, pero también de sus riesgos. Este ideal de conducta libre lo reconocemos sin duda en Miguel Grau. Grau sabe que el Perú está condenado a la derrota. Él no ignora que el equilibrio estratégico, por descuido de la clase política, se ha quebrado en beneficio del país del sur, pero sabe también que, como marino y como ciudadano, no puede faltar a su deber. Sabe que la muerte lo espera y como en la tragedia griega no rehuye a su destino. Y en el curso de la acción se conduce con una nobleza y un sentido de lo humano que nos conmueven, y que lo han hecho merecedor del calificativo de héroe entre los héroes.

Ese ideal libremente elegido lo hallamos también en Bolognesi. El anciano Coronel sabe que la suerte está echada y no quiere sacrificar a sus jóvenes oficiales. Piensa que tal vez conviene al país preservar la vida de sus valerosos soldados, quienes podrían continuar la guerra en otros escenarios. Por ello, plenamente consciente de lo que está en juego, ante la propuesta de rendición, consulta a su Estado Mayor y puede luego decirle al emisario chileno aquellas memorables palabras que, como el gesto de Grau, se las agradecemos eternamente: “Podéis decir al General Baquedano que me

siento orgulloso de mis jefes; que Arica no se rinde y que peharemos hasta quemar el último cartucho”. ¡Oh paradoja!, el héroe emerge victorioso en el instante mismo de su derrota.

Carrión tiene la estatura moral de Grau y Bolognesi. Sus profesores y amigos intentan disuadirlo-sin éxito- de su propósito. Como todo héroe, Carrión se sostiene y se funda a sí mismo. No ignora que su deseo contraviene las normas establecidas, que quizás hay otros cursos de acción posibles, que tal vez podría ensayarse la inoculación previa en animales de experimentación. Pero, como sostiene Savater, lo que tipifica al héroe es que no sólo sabe lo que quiere, sino que quiere lo que sabe. Tiene casi la certeza de la unicidad etiológica de la fiebre de la Oroya y de la verruga peruana, enfermedad que había diezmando a la población obrera que trabajaba en la construcción del ferrocarril central, de modo tal que se decía que cada durmiente de esa vía había costado una vida humana. La hipótesis que se plantea Carrión no es suya, la ha escuchado en labios de otro médico, pero es él quien está dispuesto a demostrarla. El tiempo lo apremia; ha forjado con disciplina espartana su carácter; tiene clara conciencia del ideal que anima su proyecto vital; lo ha escrito en una breve nota cuando era todavía un estudiante de primaria. Tal vez, como el legendario Aquiles quería para él una vida corta pero gloriosa, en vez de una vida larga pero anodina. Además, Carrión vive un momento clave para él y para el país, momento en el que se intersectan su voluntad de hacer y la necesidad de ser lo que puede ser, que es al mismo tiempo un momento en el que la sociedad peruana intenta recuperar la fe en su propio destino después de la derrota. En ese escenario social, Carrión opta por inocularse la sangre extraída de un paciente verrucoso un 27 de Agosto de 1885. Había iniciado su camino hacia la gloria, que a su vez daría gloria al país.

## **LA VOCACIÓN DE CARRIÓN**

Esta libre, voluntaria, valerosa y admirable opción adoptada por Carrión nos informa de lo genuino y profundo de su vocación. Hijo del médico y abogado Baltazar Carrión, quien desapareció misteriosamente de

su mundo familiar cuando el pequeño Carrión tenía solo 7 años, hecho sobre el cual hay versiones contradictorias, lo cierto es que Carrión da muestras de una temprana identificación con la figura paterna, cuyos libros de medicina había ya leído al cumplir los 13 años. Pero, se es médico por razones varias y, probablemente, complementarias. La medicina era, entonces, una profesión que gozaba de un elevado “estatus” en la sociedad. Ella confería prestigio y dinero, y Carrión, frente a la élite que estudiaba medicina, era un joven relativamente pobre, mestizo y provinciano. En él, como diría Arguedas, confluían todas las sangres. Provenía del Perú profundo. Triunfar como médico en Lima no era nada fácil. La escisión entre el mundo predominantemente rural y andino y el mundo predominantemente metropolitano y blanco era entonces mucho más profunda que ahora. Y el racismo también. De modo que podría suponerse-desde la exterioridad- que un legítimo anhelo de ascenso social bullía en algún lugar del espíritu del joven Carrión, quien solo póstumamente fue incorporado a la Unión Fernandina. Aquellos médicos que en Francia y otros países europeos se habían inoculado diversos agentes infecciosos, cuando no habían fallecido, eran reconocidos y aclamados por sus respectivas colectividades. ¿No pensó en ello el estudiante Carrión? Tal vez haya sido así, pero también había en él aquello que Laín Entralgo denomina el “ego adiuvars”, es decir esa voluntad de ayuda al ser doliente, como lo atestiguan algunas de sus notas que, felizmente, se han conservado hasta el presente.

## **LA AFIRMACIÓN DEL SENTIDO PATRIO**

Pero también se halla en Carrión una voluntad de afirmación del orgullo patrio, herido por la derrota en la Guerra del Pacífico. Carrión no aceptaba que un médico chileno indagara sobre una enfermedad que, a su juicio debía ser estudiada y encarada por nosotros mismos. De manera que su amor a la ciencia-ese afán de descifrar los enigmas de la naturaleza-, y su vocación de ayuda se entrelazaban con su sentido de afirmación de la identidad nacional, y tal vez, como ya hemos sugerido, con su deseo de superar su condición económica y su condición social. Recordemos que durante la ocupación por el invasor chileno, la enseñanza en la Facultad de

Medicina, que gracias a la obra de Cayetano Heredia brillaba por su excelencia, había sufrido un dramático declive, al punto que muchos estudiantes optaron por irse a Europa, no así Carrión, quien no disponía de medios suficientes para ello. Esta limitación sería, luego, largamente superada con su sacrificio.

### **LA ACTITUD DE CARRIÓN ANTE LA MUERTE**

Sorprende el estoicismo con el que Carrión, haciendo honor a su segundo nombre, Alcides, “fuerte y sereno ante la adversidad”, describe- en su diario- los signos y síntomas que jalonan el devenir de la enfermedad que se autoprovocara. Sin embargo, cabe preguntarse cómo es que enfrentó Carrión el temor ante la muerte. En un determinado momento, cuando tiene la certeza de estar sufriendo la enfermedad que había causado la muerte de un compañero de promoción, se evidencia en Carrión el mecanismo psicológico de la negación: “mejor es no pensar en esto, fumemos un cigarro”, escribe. ¿Su actitud ante la muerte es la de Sócrates ante la cicuta, o la de Cristo en la cruz? Hay en él algo de Sócrates, quien permaneció impasible ante su fin, firme y sólido como los mármoles del Partenón, pero también algo de Cristo. Carrión no parece, mientras está consciente, ser sobrecogido por la angustia como Cristo en su agonía. Recordemos la lacerante invocación del hijo del Hombre, “Padre mío, por qué me has abandonado”. Cuando Cristo lanza esta exclamación ¿Es su parte humana que sobrepasa a su parte divina? ¿Emerge, acaso, en el Nazareno, en el instante previo a su muerte, la duda acerca de su propia naturaleza, o humana, o divina? ¿Qué significa su grito? Obviamente no es mi intención intentar siquiera descifrar ese misterio. Pero, aquí subrayo- una vez más- lo que había anticipado al iniciar mi disertación, la dificultad de aprehender la entraña de la decisión ética. ¿Qué sintió Carrión? Es claro que, en otro momento, cercano ya a su fin, se indigna por la postergación de una transfusión sanguínea que tal vez habría podido salvarlo, aun cuando era una medida sumamente riesgosa, dado que todavía no se conocían los grupos sanguíneos ni el factor Rh.

Esta indignación ¿es una sobrecompensación a la angustia de muerte? Tal vez. En todo caso, como Cristo en la cruz, Carrión experimenta un profundo miedo al reconocer que “todo está consumado”, y dirigiéndose a su amigo Mestanza, le dice: “Enrique, c’est finit”. Y así como Cristo encomienda su espíritu a su Padre, así también Carrión nos encomienda proseguir la línea que él ha trazado. Cristo se entrega a Dios, su espíritu vuelve a Él. Carrión nos entrega su espíritu. En ese gesto aparece otro rasgo del héroe, su carácter modélico, su condición de figura ejemplar. Y lo que nos acerca más a Carrión es que no es un ser excepcional. Es inteligente, pero no genial. Es un estudiante aplicado, pero no el mejor. Mas, él encarna la fuerza moral, el sentido del deber, la generosidad del médico que ha hecho de su arte casi un sacerdocio, el más profundo altruismo y el más transparente idealismo.

### **PALABRAS FINALES**

En su libreta de notas, muy niño, Carrión había escrito: “educar mi carácter y el de los demás, con mi ejemplo”. La frase es sencilla, pero su temprana muerte le confiere a esa sencilla expresión la calidad de un hermoso epitafio. Esa nota, podría decirse escrita con su propia sangre, lo fue para que la sangre de sus compatriotas afectados por la fiebre de la Oroya, no se perdiera más en el oscuro torrente de la muerte, sino para que regara y vivificara por siempre una idea de Patria y una manera de ser médico que nos legara como tarea apremiante e irrenunciable.

Muchas gracias.

Lima, 05 de octubre del 2018

### **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

1. Mendoza A. Palabras de presentación. Ceremonia de Homenaje al Padre Gustavo Gutiérrez – Merino Días y Dr. Diego Gracia Guillen. Acta Médica Peruana 2003. Lima Vol. XX N°2, p. 61 – 63

2. Quiroz A. Historia de la corrupción en el Perú. IEP – IDL. Lima. 2013
3. Alarco L. F. Jesús ante la muerte. UNMSM. Lima 1981
4. Savater F. Fenomenología de la decisión ética. En: El contenido de la felicidad. Taurus. Madrid. 1996, p. 25 – 47
5. Contreras C y Cueto M. Era del guano. El Estado Caudillista y la Intelectualidad Liberal (1845-1879). En: Historia del Perú Republicano. Tomo 3. IEP – La República. Lima. 2016
6. Quiroz A., op. cit., p. 189 y 221
7. Contreras C y Cueto M., op. cit., p. 36
8. Quiroz a., op. cit., p. 216 – 217
9. Contreras C y Cueto M., op. cit., p. 19 – 20
10. Quiroz A., op. cit., p.238
11. Contreras C y Cueto M. Guerra del Pacífico. Liquidación del pasado y nuevos pactos (1879-1899). En: Historia del Perú Republicano. Tomo 4. IEP – La república. Lima. 2016, p. 31 – 32
12. Quiroz, A., op. cit., p. 243
13. Savater F. El héroe como proyecto moral. En: El contenido de la felicidad, op. cit., p. 81 - 97